

# Creación

## Lotta Lotass



Lotta Lotass. Fotografía Dick Claésson

### **Lotta Lotass**

Lotta Lotass nació en Borgsheden (28-2-1964), en la provincia de Dalecarlia, estudió literatura y filosofía en la universidad de Gotemburgo, donde se licenció con una memoria sobre el escritor Stig Dagerman. En 2009 fue elegida miembro de la Academia Sueca, y es una de las escritoras más brillantes de la actualidad.

Poeta, dramaturga y novelista, debutó en 2002 con la publicación de *Kalkällan*, novela en la que ya invita al lector, laborando con una especie de “estética de lo omitido”, a compartir un viaje y propiciar un coloquio en torno a la posibilidad de empatía y solidaridad en un mundo deshumanizado.

En la novela *Tredje flykthastigheten* (2004) recrea la infancia de la era espacial, en torno a la figura de Yuri Gagarin, para explorar al límite la posibilidad de otro mundo. A esta novela pertenecen las páginas que presentamos a continuación.

## Prólogo

De nuevo oye el canto del grillo que está bajo la nieve. Ahí permanece acurrucado, en el fino estrato entre tierra y cristales de hielo, frotando sus élitros. Está con la cabeza agachada en la tierra y con doloridas axilas que apenas pueden soportar el peso de las alas. Ahora canta el ancestral canto, aquí mismo, en este cuerpo celeste bajo otra estrella. La luz de azul hielo cae directamente a sus ojos, cerrados. Él yace boca abajo con el rostro enterrado en la nieve. Si cuenta durante quince segundos los aleteos del canto del grillo, puede calcular con esos números los grados de frío. Una mano se extiende. Su guante arrancado. Reúne fuerzas y grita. El grillo canta ahora tan alto que tiembla la tierra. Su canto le atraviesa y le produce castañeteo de dientes. El viejo canto. Como se cantaba en su tierra, en la estepa de Kazajistán. Tan alto que vibra el suelo. Tan alto que sus voces son ahogadas y tienen que hablarse a gritos a pesar de estar hombro con hombro. Mira a lo lejos, donde el enorme cohete cuelga como de hilos invisibles, fijados en algún sitio del aspa de mando del universo. Ingente y refulgente acero, sin el esqueleto de apoyo de las vigas, es como el calco de una mano extraña en el cuadro panorámico de la estepa. Prácticamente absorbido por el cielo, pálido por el sol despiadado, vibrando como en un espejismo producido por la neblina de la mañana, o como a la espera impaciente de dejar la tierra y precipitarse de bruces en la profundidad del universo. Yuri despega y los abandona. Yuri sabe distinguir a ciegas, con sólo oler y palpar la madera, el pino del roble, el arce del abedul. Están a tres kilómetros de la rampa de lanzamiento. La tensión los envuelve como el polvo que se levanta de la tierra. Allí alza una mano y saluda. Algún tipo de peso se desploma sobre ellos. La historia avanza detrás de ellos, mira exigente sus espaldas. Cuchillo de piedra, piensa, cuchillo de piedra y poco después satélite. Millones de esclavos anónimos dieron sus vidas en la construcción de las pirámides de Egipto. Eso piensa ahora. La voluntad y la idea de grandes hombres del pasado, sin dios muchos de ellos. Pronto se verá

obligado a rendir cuentas ante ellos, ante teóricos y constructores. Arquímedes y Copérnico, Galileo y Giordano Bruno, Lomonósov y Newton, Kibálchich y Tsiolkovski. Qué ofrecerán después al tiempo a cambio de esos segundos de la cuenta atrás del responsable de lanzamiento del cosmódromo - diez... siete... tres... dos... uno... Estruendo. Oigo la voz de mi amigo, apenas distorsionada, en los auriculares. Y más fuerte que él siento la potencia con que trabajan los veinte millones de caballos de los motores del cohete para romper las amarras que lo mantienen detenido en tierra. Si regresas, viajaré. Si no regresas, viajaré. Si viajas lejos, viajaré más lejos. Si el universo te engulle y te escupe fuera, primero te olvidaré y luego volveré a recordar tu nombre cuando suba a bordo. Un estruendo informe e inaudito avanza rodando por la estepa. Las llamaradas se disparan hacia afuera, a lo alto. El cohete se libera lenta y dolorosamente de la rampa de lanzamiento y se eleva renuente hacia el cielo. Luego empieza a aumentar de velocidad y allá, lejos ahora de la vista, es ya un refulgente cometa. Y cuando el rugido de los motores ha enmudecido, él vuelve a oír el canto indiferente del grillo. La ligera brisa vuelve a llevar consigo el aroma de salvia del bosque y el aroma especiado del prado de primavera. Todo permanece y permanecerá inalterable en la estepa cuarteada. Permanece como si fuese hace eternidades. Allá en lo alto sólo se mueve el tiempo. En algún lugar de las alturas parpadea Vostok, la estrella artificial, en la Aurora de la madrugada cósmica. Cedros, grita Yuri, cedros al alba. Cuando salen al encuentro de Yuri, todos vestidos con trajes de astronauta, uno de los científicos lo miró, lo abrazó y rompió a llorar. Yuri meneó la cabeza y dijo como se dice a un niño: Vaya, ciento ocho minutos se han desprendido de la tierra. El científico abraza de nuevo a Yuri. Este es tan terrestre como antes del viaje, pero ahora es otro, uno que ha vuelto del cosmos. De nuevo rompe a llorar el gran científico. De golpe resulta más fácil respirar. El peso que se ha posado sobre nosotros ha desaparecido y la soleada estepa rueda

más allá del horizonte, como si hubiese absorbido e incorporado eternamente el estruendo despiadado del cohete. Hemos superado la prueba. Así recuerdo la mañana de la era espacial.

## Epílogo

El canto del grillo tiembla en la tierra. Alguien grita su nombre. Levanta el rostro de la nieve. Una montaña se alza ante él. Salientes de rocas se recortan y se cruzan a lo alto. El musgo está más verde de lo que nunca ha visto. Se levanta. En algún lugar oye el batir de las olas contra las rocas. La nieve cae como arena de su traje de astronauta. Se vuelve. Se abre ante él a lo lejos, hacia un lejano horizonte. Ahí está pues. Ahí ha esperado. Las olas nunca se hartan de su eterna tarea, ruedan siempre y continuamente hacia la orilla. El agua es clara, transparente como cristal y de color verde claro. Más allá conduce una oscura franja, más allá aún una banda del azul más intenso, luego un gran sembrado verde, como un campo de trigo tierno y en medio del horizonte una banda estrecha y celeste que se funde lentamente con el cielo. ¿Es un iceberg brillante lo que ve recortarse contra el horizonte? La luz desacostumbrada se burla de sus ojos. Tiene calor. Empieza a quitarse el traje. Alguien vuelve a gritarle. Ahí está, tras el bloque de hielo a la deriva que se ha desprendido del glaciar. Señala el mar con la cabeza y sonríe. Un viento cálido atrapa su traje y lo lleva a lo alto de la ladera. Baja caminando hacia el agua. La arena de grano fino cosquillea sus pies. Echa una mirada al cielo. A lo alto, en algún lugar, se desplazaron nuestras naves espaciales en sus órbitas. La tierra era entonces otra y las nubes no más inmóviles que manchas blancas, grandes como cabeza de alfiler, contra su fondo. Mira hacia el mar. Más allá, la luz es más fuerte y lo deslumbra. Los icebergs desaparecen por el horizonte. Ahí está pues. Ahí ha esperado. Sonríe y se sitúa al borde del agua. ¿Qué te parece un baño? Yuri Alekséyevich está a su lado, pone la mano en su hombro y mira también hacia el Quinto Océano. Bien, ¿qué dices?

Traducción: Juan Capel